

TESTIGOS EN LA ESCUELA

6

**PERFIL DE UNA
PEDAGOGÍA
AGUSTINIANA**

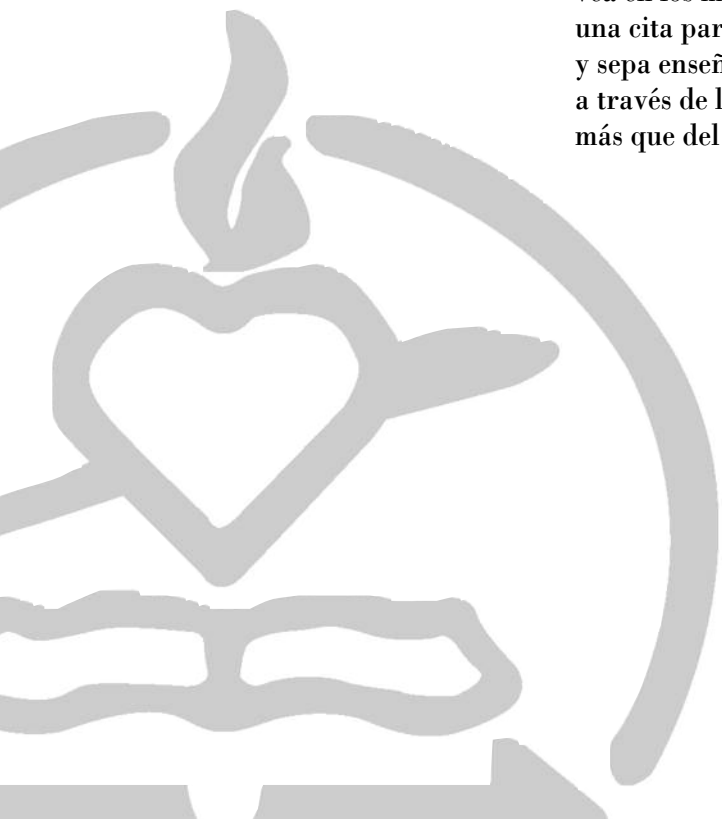
Francisco Galende, OSA



Publica:**FEDERACIÓN AGUSTINIANA ESPAÑOLA****Coordinan:****María Paz MARTÍN DE LA MATA
Santiago M. INSUNZA SECO****Colabora:****Comisión de educación FAE****Imprime:****Grafinat, S.A.
Argos, 8
28037 Madrid****ISBN (Obra completa): 84-932490-0-9****ISBN: 84-932490-4-1****Depósito Legal (Obra completa): M-26.388-2002****Depósito Legal: M-27.891-2002**

ORACIÓN DEL EDUCADOR AGUSTINIANO

Enséñame, Señor, lo que tengo que enseñar,
y enséñame, sobre todo,
lo que tengo que aprender.
Para que también yo
continúe considerándome alumno
en la escuela donde Tú
eres el único maestro
que enseñas desde dentro.
Aumenta mi hambre de verdad
para que no descanse
sobre conquistas fáciles,
sino que convierta la vida entera
en una búsqueda incesante.
Que sepa amar sin condiciones,
como amas Tú,
vea en los más débiles
una cita para la entrega gratuita
y sepa enseñar siempre con alegría
a través de los gestos,
más que del discurso de las palabras.



EL año 1994, la FEDERACIÓN AGUSTINIANA ESPAÑOLA celebró, en Madrid, un encuentro bajo el título AULA AGUSTINIANA DE EDUCACIÓN. Aquella feliz iniciativa –ya en su novena edición– ha contribuido a definir las líneas maestras de la pedagogía agustiniana y a crear un foro de reflexión sobre los temas más vivos de la educación contemporánea. Las ponencias de esas jornadas se han venido publicando, año tras año, y constituyen una bibliografía valorada en el mundo agustiniano de habla hispana.

Con el programa «TESTIGOS EN LA ESCUELA», la FAE quiere, ahora, poner en manos de todos los educadores unos cuadernos monográficos que vayan desgranando los matices diferenciales de una propuesta educativa con sello agustiniano. El manantial de intuiciones que brota del pensamiento de san Agustín no queda aquí agotado, a lo más sugerido.

Los Equipos Directivos de los distintos Colegios instrumentarán la metodología y el calendario más adecuados para ese necesario tránsito de la lectura personal a la reflexión compartida.

La sociedad, particularmente la escuela, necesita *testigos*. Hombres y mujeres que confiesen abiertamente las razones que sostienen su vida y den razón de su esperanza. No hay que *imponer* nada, pero hay que ser capaces de *proponer*. La verdad de la vida cotidiana es el mensaje más transparente. Aunque haya interferencias.

Perfil de una pedagogía agustiniana

FRANCISCO GALENDE, OSA

Con todo derecho se puede hablar de una pedagogía agustiniana, de un talante, un estilo, una línea pedagógica. San Agustín fue un pensador, un humanista, un maestro y un obispo que nos ha dejado en su amplia obra escrita todo un manantial de intuiciones todavía válidas hoy.

En la biografía de Agustín hay una etapa de dedicación al estudio universitario, una experiencia como profesor y, sobre todo, una actitud permanente de reflexión y de diálogo con la cultura y la historia de su tiempo, de cercanía para pulsar la sensibilidad de los fieles de Hipona cuando era su obispo.

¿Un intelectual teórico o un maestro a pie de mesa y de calle? La pregunta planteada así, de forma disyuntiva, se puede salvar con una respuesta

conciliadora. Los grandes genios suelen ser hombres de síntesis y en ese terreno hay que emplazar a san Agustín. Su pedagogía surge de la síntesis armónica entre pensamiento y praxis, entre el ideal y la realidad.

I. PRESUPUESTOS FILOSÓFICOS DE LA PEDAGOGÍA AGUSTINIANA

Toda pedagogía se asienta sobre una antropología, una concepción del ser humano. El modo de formular las grandes cuestiones del hombre y las respuestas concretas a las preguntas últimas, condicionan la orientación de la educación.

En la sociedad materialista, un ser humano vale en cuanto que es sujeto de producción y de consumo. Para algunos sistemas políticos, la máxima aspiración consiste, o ha consistido, en la adecuación sumisa al sistema establecido. En todos los tiempos ha supuesto un esfuerzo romper el espesor de lo fácil e

inmediato, como es el gregarismo, para desentrañar el propio misterio de ser hombre. «¿Qué soy yo en realidad? ¿Cuál es mi naturaleza?» (*Confesiones* 10, 17, 26). «¿Cómo conocer a otros si uno se ignora a sí mismo, si no hay nada tan presente a uno mismo como la propia alma?» (*La Trinidad* 3, 8). Aunque, a primera vista, parezca que son cuestiones abstractas, aquí se enhebra y desentraña el misterio del hombre.

Visión agustiniana del ser humano

Agustín no contempla al ser humano que llega a este mundo como un recipiente vacío que habrá de llenarse al paso del tiempo, sino como alguien que posee una plenitud germinal, que por nacer en situación de desvalimiento, hay que acompañar desde la cercanía para adentrarse en este mundo. Educar es creer en la capacidad del ser humano para llegar a crecer desde sí mismo. Agustín utiliza una imagen agrícola y habla de las posibilidades que tiene el hombre a modo de *semillas*, en estado latente. «En la primera creación, el proyecto humano de Dios quedó, de alguna manera, terminado y, al mismo tiempo, iniciado. Terminado, porque su naturaleza quedó potencialmente realizada; iniciado, porque fue a modo de siembra de lo que habrían de ser los seres humanos en el decurso de los tiempos, saliendo del estado latente al manifiesto» (*Comentario literal al Génesis* 6, 11, 19).

Concebida así la educación, ante el hombre que comienza la aventura de su existencia sólo cabe la acogida, el respeto sagrado por su personal e irreductible individualidad. Si el verdadero y único maestro nos habla desde dentro (cf. *Sermón* 134, 1, 1) y la verdad se aloja en la interioridad de cada uno (cf. *La verdadera religión* 39, 72), se descarta toda pedagogía directiva. La no directividad, sin embargo, en ningún caso se puede interpretar como abandono a la espontaneidad, porque entonces supondría provocar una situación de orfandad absoluta. El educador que, por una mal entendida libertad, pretendiera huir de toda influencia en los niños y jóvenes, permitiría que quedaran a merced de otras personas y recibieran, en su plasticidad virgen, toda clase de acuñaiones.

En segundo lugar, san Agustín descubre que todo ser humano lleva en sí la marca de su Creador. La realidad trinitaria de Dios tiene su reflejo en el dinamismo interior del hombre. «Quisiera que los hombres reflexionaran sobre tres cosas que tienen dentro de ellos. (...) Las tres cosas que propongo son: ser, conocer, querer. Pues yo existo, conozco y quiero. Existo sabiendo y queriendo. Sé que existo y que quiero. Quiero existir y saber. Quien sea capaz de ello, comprenda cuán inseparable es la vida en estas tres cosas, siendo una la vida y una la mente y una la esencia» (*Confesiones* 13, 11, 12).

«Cada individuo tiene valor no por lo que es en un momento determinado,

sino por lo que está llamado a ser y puede llegar a ser. No ha de desconfiarse de los demás hasta el extremo de perder la confianza, puesto que ni de éste desconfió mientras vive. De ningún viviente se ha de desconfiar» (*Comentarios a los Salmos* 36, 2, 11).

Un tercer apunte de san Agustín es la definición del hombre por razón de su conciencia. Está dotado de una conciencia interrogativa que es, al mismo tiempo, insondable. Todo lo contrario a pensar en un sujeto predeterminado, fácilmente definible. El ser humano es misterio, sorpresa que desborda cualquier definición. «Dios te puso en la cara los ojos y la razón en el alma; despierta esta razón, despierta al que mora dentro de tus ojos, asómese a esas sus ventanas y mire por ellas la creación divina. Porque alguien hay que mira por los ojos. ¿No te sucede alguna vez que ocupado ese que mira dentro de ti en otros pensamientos no ves lo que tienes delante de los ojos? En vano están de par en par las ventanas si está ausente quien mira por ellas» (*Sermón* 126, 3).

El hombre interior y el hombre exterior

En sus años de experiencia educativa, Agustín tropezó con las dificultades del realismo más descarnado. Una cosa es la vocación humana al crecimiento –lo que está llamado a ser– y otra muy distinta lo que realmente es.

Por su habilidad dialéctica y su idealismo, Agustín se encontraba más a gusto en los ambientes universitarios que en las aulas juveniles. Chocó en Cartago con la indisciplina de los alumnos. La descripción que hace refleja el alboroto y la irresponsabilidad de un grupo de jóvenes poco interesados por la cultura. «Irrumpen de manera descarada en las aulas... perturban el orden y las ordenanzas que cada profesor ha establecido para su alumnado... cometen un sinnúmero de tropelías con increíble estupidez...» (*Confesiones* 5, 8, 14). Problemas de ayer y de siempre, que se repiten como la lluvia de otoño y empapan de niebla el trabajo de los educadores. El coraje por educar es fruto de una sinfonía de razones que se llevan prendidas en el alma y de la mirada amorosa a los alumnos.

«Agustín es un maestro que siente una gran pasión en el corazón y desea comunicarla a los demás; es un educador que conoce las dificultades del saber y sabe ser siempre paciente y atento, que comunica todo con generosidad y busca excusas si ha tenido que ofrecer algo de su propia cosecha. Es un maestro que ama profundamente a sus discípulos y desea que sean sus colaboradores y condiscípulos en la escuela del único maestro interior, que es Cristo. En una

palabra, Agustín es un maestro ideal del que cada uno de nosotros deseáramos ser discípulos.»

(José Oroz Reta, «San Agustín y la pedagogía cristiana», en *Rev. Augustinus*, 34, 1989, p. 250)

En sintonía con san Pablo, descubre en el ser humano una doble dimensión. El hombre *interior* es conciencia, sensibilidad por un mundo de valores, originalidad y capacidad de autodeterminación. El *exterior*, está integrado por la realidad corporal e instintiva. Nacemos volcados hacia la exterioridad, atados por las necesidades de nuestro cuerpo y víctimas de nuestras tendencias y emociones. El verdadero desarrollo humano consistirá en un proceso de interiorización, hasta alcanzar el señorío total sobre la propia vida.

La memoria interior

Una de las intuiciones que sitúa a san Agustín como adelantado a su tiempo fue el descubrimiento de la «*memoria espiritual*» o «*memoria interior*» en los amplios salones de la memoria (cf. *Confesiones* 10, 8, 12).

Las psicologías humanísticas actuales hablan de «inconsciente espiritual».

San Agustín sienta los principios para una pedagogía dinamizadora del gran potencial positivo que se conserva en

cada ser humano. «La facultad de mi memoria es algo grandioso. Es algo que me inspira pavor, Dios mío. Algo de una complejidad profunda e infinita. Y esto es el espíritu, esto soy yo mismo (...). Mira, yo recorro los campos abiertos, las grutas e innumerables cavernas de mi memoria, incalculablemente pobladas de innumerables objetos de toda especie, algunos presentes en ella en imagen, como es el caso de los cuerpos; otros, presentes por sí mismos, como es el caso de las artes; otros, presentes bajo la forma de no sé qué nociones o improntas mentales, como es el caso de los sentimientos del espíritu, que la memoria retiene aunque el espíritu no los experimenta, porque todo lo que está en la memoria está en el espíritu. Por todos estos parajes hago mis excursiones, unas veces mariposeando de acá para allá, otras adentrándome en ellos cuanto me es posible. Pero no logro tocar fondo. ¡Tan extraordinaria es la facultad de la memoria! ¡Tan grande es el dinamismo vital en el hombre que vive para morir!

«¿Y qué es lo que tengo que hacer, Dios mío, mi vida verdadera? (...) Rebasaré también la memoria, pero ¿para hallarte dónde, mi bien verdadero y mi suavidad garantizada? ¿Para hallarte dónde? Porque si te encuentro fuera de mi memoria, es seguro que no me acuerdo de ti. Y si no me acuerdo de ti, ¿cómo voy a encontrarte?» (*Confesiones* 10, 17, 26).

El retorno al interior es una consigna que san Agustín repite con insistencia. No es el paso de la actividad a la interioridad vacía, sino a ese mundo más profundo, más personal y más humano, donde se alojan nuestros sentimientos y donde podemos escuchar el rumor de Dios.

La misión de educar

El educador no puede perder de vista esta doble dimensión –interior y exterior– del ser humano. Lo primero que encuentra es el hombre exterior y exteriorizado, dominado por la inestabilidad y el capricho. La primera tarea será provocar que surja el hombre interior, protagonista de su vida, capaz de autodeterminación. Una tarea que requiere en el educador un difícil equilibrio entre autoridad y diálogo, disciplina y libertad, exigencia y adaptación. Es el arte del acompañamiento y del necesario ejercicio de la autoridad. Si el educador rehúsa esta función, los niños y jóvenes sufren el desamparo de la soledad. La inhibición y la permisividad se convierten en una forma sutil de crueldad.

«Los niños crecen en todas las latitudes como la hiedra contra la pared, ayudándose de adultos que les ofrecen juntamente apoyo y

resistencia. Si carecen de esta tutela no siempre complaciente pueden deformarse hasta lo monstruoso. Y la autoridad debe ejercerse sobre ellos de modo continuo, primero en la familia y luego en la escuela: si a un período de abandono caprichoso le sigue una brusca irrupción autoritaria el resultado es fácil que desemboque en desastre. La autoridad de los mayores se propone a los menores como una colaboración necesaria para ellos, desde luego, pero en ciertas ocasiones también ha de imponerse. Y es disparatado aplicar a rajatabla desde el parvulario el principio democrático de que todo debe decidirse entre iguales, porque los niños no son iguales a sus maestros en lo que a los contenidos educativos compete. Precisamente para que lleguen más tarde a ser iguales en conocimientos y autonomía es para lo que se les educa. Se les puede y se les debe entrenar, naturalmente, en el ejercicio igualitario de la deliberación democrática; es aconsejable que su criterio así establecido prevalezca en ciertos asuntos escolares no esenciales; pero es un fraude convertirles en una minoría oprimida por el autoritarismo docente de los adultos, porque en ese

momento de su vida no lo son, pero la mejor forma de que lo sean más tarde es liberarles a destiempo en lugar de colaborar en su formación.»

(Fernando SAVATER, *El valor de educar*, Ed. Ariel, Barcelona 1999, 11.ª ed., p. 107)

La condena del autoritarismo ha llevado al olvido y la sospecha acerca de la autoridad. ¿Se puede educar sin autoridad? San Agustín la cataloga entre los preámbulos de la educación. «La autoridad es la puerta de la educación. Una vez que el educando ha entrado por ella, él mismo va desentrañando, por medio de la razón, los principios que la autoridad le ha dispensado... La autoridad precede en el tiempo, pero la razón es lo importante» (*El orden* 2, 26). Todo proceso educativo exige un carácter gradual. La prevención de los primeros años dará paso a la autoeducación. Cuando el alumno asume la autoría y responsabilidad de su vida, comienza la verdadera educación. Libre de condicionamientos externos, se empeña, desde la libertad, en el propio crecimiento. La misión del educador adquiere, entonces, su pleno significado: no es llenar de contenidos la mente del alumno, sino sacar a flote sus potencialidades ocultas; no es imponer cualquier forma de uniformidad, sino suscitar su originalidad y creatividad.

PARA EL DIÁLOGO

- A la luz de la pedagogía agustiniana, ¿a quién corresponde el mayor esfuerzo de adaptación: el alumno al educador o el educador al alumno?
- ¿Por qué se ha llegado al descrédito y a la dimisión encubierta en el ejercicio de la autoridad?
- En alguna de las sucesivas reformas educativas parece haber un intento de marginar las asignaturas o saberes cuya eficacia utilitaria no se percibe. ¿Por qué?

II. EL VERDADERO SUJETO DE LA EDUCACIÓN

En la escena de la educación se mueven tantos personajes que, a veces, los actores secundarios pueden desplazar al actor principal o se pierde el hilo argumental. Es el riesgo, por ejemplo, de una sociedad y educación excesivamente tecnificadas, que ignoren la singularidad de cada persona con su nombre y su historia intransferibles. Nadie puede poner en duda que la dotación de una infraestructura informática puede ayudar a la eficacia de la escuela. Bill Gates habla de la necesidad de un sistema nervioso digital dentro de las empresas. Lo primero en educación, sin embargo, es el reconocimiento del alumno como persona, localizado en sus enclaves de familia, de clase, de grupo... Es decir, el hombre y sus circunstancias. Y a su lado, el educador o la educadora que

abre las puertas de su existencia para que los demás transiten por ella y descubran el modelo humano que cultivamos, los amores a los que servimos y el Dios a quien adoramos.

Primero, indudablemente, el alumno como sujeto y autor de la educación. Nadie enseña a nadie, ya que cada cual aprende de su propia luz interior, que le permite descubrir y comprender. Esa luz interior es para san Agustín una presencia –«*el maestro interior*»– que, en una perspectiva cristiana, identifica con la «*luz del Verbo de Dios, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo*» (Juan 1, 9) y que se encarna en Jesucristo.

La verdad no se enseña ni se aprende, se descubre. Y sólo se descubre cuando se percibe su luz. «Si ambos vemos que es verdadero lo que dices, y que es verdadero lo que digo, ¿en dónde, dime, lo vemos? No ciertamente yo en ti o tú en mí, sino que ambos lo vemos en la misma inmutable Verdad que está por encima de nuestra inteligencia» (*La doctrina cristiana* 1, 2, 3). Por eso el maestro verdadero no se limita a presentar conclusiones, sino que plantea preguntas.

Una obra temprana de san Agustín es la titulada *El maestro*, escrita, probablemente en su pueblo natal –Tagaste– poco después de su conversión. Además de apuntes pedagógicos de gran interés, ofrece los sabrosos diálogos de Agustín con su hijo Adeodato, que «superaba en inteligencia a muchos renombrados y doctos varones» (*Confesiones* 9, 6, 14).

«Esta obra, (*El maestro*), pertenece al conjunto de los primeros diálogos de Agustín. Basándose en lo que se dice a propósito de esta obra en las *Confesiones* (9,6,14) y en las *Retractaciones* (1,12), suele fecharse en el año 389, o en todo caso en época no muy posterior al regreso de Agustín a África. Los únicos interlocutores del diálogo son Agustín y su hijo Adeodato, que murió en África hacia el mismo tiempo en que fue escrito el diálogo. Según el pasaje de las *Confesiones*, el diálogo se basa en las conversaciones mantenidas por Agustín y su hijo adolescente. Sin embargo, el diálogo está cuidadosamente construido y no muestra el carácter desordenado de una conversación histórica (...).

La mayoría de los comentaristas dividen el diálogo en tres secciones. Las dos primeras expresan un problema fundamental, que surge con el empleo de signos para impartir enseñanzas a otras personas acerca de cualquier realidad. Por otro lado, los hombres no pueden entender el significado de aquellos signos empleados por los maestros, a menos que conozcan ya las realidades a las que los signos se refieren. Esta

paradoja se resuelve en la tercera parte del diálogo, mediante la introducción de la doctrina agustiniana del "maestro interior". La realidad a la que los signos se refieren es conocida no por medio del signo mismo, sino mediante la consulta con el maestro interior, Cristo, que resulta ser el fundamento o la posibilidad sobre la que se basa el conocer humano.»

(Allan D. FITZGERALD, OSA, *Diccionario de San Agustín. San Agustín a través del tiempo*, Ed. Monte Carmelo, Burgos 2001, p. 824)

En la segunda parte de *El maestro*, san Agustín trata de sentar tres afirmaciones: las palabras, procedan de quien procedan, por sí mismas nada enseñan; el discípulo sólo aprende de su propia luz interior, y esa luz interior es Cristo, el «*único Maestro*». Así lo expresa san Agustín: «Ahora bien, comprendemos la multitud de cosas que penetran en nuestra inteligencia, no consultando la voz exterior que nos habla, sino consultando interiormente la verdad que reina en la mente; las palabras tal vez nos mueven a consultar. Y esta verdad que es consultada y enseña, y que se dice habita en el hombre interior, es Cristo, la inmutable virtud de Dios y su eterna sabiduría» (*El maestro* 11, 38).

Todo el interés de Agustín se centra en despertar en el alumno ese *maestro interior*, el único que enseña y muestra su disgusto cuando los discípulos aceptan pasivamente lo que él dice: «No quisiera que nadie se adhiriera a mi enseñanza para ser mi seguidor, a no ser en aquello que él mismo descubre que no estoy equivocado» (*Sermón* 23, 1, 2).

Si el sujeto y protagonista de la educación es el alumno, ¿dónde colocar al educador? ¿Cuál es su función? Del mismo modo que biológicamente somos lo que otros nos posibilitan ser, también en otros aspectos de nuestro desarrollo llegamos hasta donde llega el amor y el apoyo recibido de los demás. Afirmar que hay que evitar toda influencia y no determinar en nada a los niños y jóvenes que están a nuestro lado es ingenuo y es falso. Sin pretenderlo, alumbramos o apagamos posibilidades de existencia con nuestra sola presencia. Educamos desde lo que somos. Utilizando un símil del mundo de la fotografía o de la televisión, la educación obliga a un *zoom* donde, en el marco de la libertad, se alternan la proximidad y la distancia. Todo un ejercicio de equilibrio que hace de la educación el prestar aliento a un nuevo nacimiento y, a la vez, una propuesta limpia y explícita que abarca la totalidad de la vida humana.

El profesor se ocupa de adiestrar y equipar al *hombre exterior*, mientras que el educador busca el alumbramiento del *hombre interior*, en orden a su plena realización como ser humano.

La plena realización como seres humanos

El objetivo terminal de la educación no puede ser otro que la plena humanización, de acuerdo con el proyecto de Dios. En la sociedad contemporánea se aprecia un desfase entre el sorprendente avance de la ciencia y la tecnología y un cierto subdesarrollo humanista. Algo que ya denunciaba san Agustín en su tiempo: «Muchos estudian con el fin de ser doctos, más bien que justos. Otros estudian para saber cómo se debe vivir, pero sin ánimo de vivir bien» (*Comentarios al Evangelio de San Juan* 41, 1).

Los valores básicos que deben ofrecer soporte a la acción educativa son suplantados, frecuentemente, por finalidades puramente prácticas. La educación es un pasillo de acceso a la Universidad y la Universidad facilita desenvolverse con mayor o menor éxito en el mercado del trabajo. Si son éstas las expectativas ante la educación, al educador le corresponde enrocarse en su función académica y de instrucción. Frente a cualquier otro papel que se le quiera asignar, es, fundamentalmente, un enseñante y la formulación de intenciones morales queda fuera de su arco de intereses.

Se trata, entonces, de acordar dos premisas o puntos de partida libres de toda discusión. En primer lugar, la aceptación de un concepto de educación que se distancia de la escueta transmisión de contenidos puramente teóricos. El educador pone en juego su persona y proclama, inevitablemente, un modo de ser en el mundo, ante los demás y ante las preguntas últimas de la

existencia humana. Es impensable esa imagen del profesor que enseña desde una burbuja aséptica de valores y sólo emite los mensajes que aparecen en los libros de texto.

«Con el suceso de su conversión –ese terremoto interior– también se opera una grande transformación en su magisterio. Así se evidencia en la obra dialogada de Casiciaco, a raíz de su encuentro con Cristo. Ahora, educando a los hijos de Verecundo, se empeñará ante todo por iluminar la forma madura del hombre interior. Comprenderá los valores de la sabiduría trascendente y toda su preocupación como maestro lo pondrá en allanar el camino para llegar más pronto a ella. Su quehacer pedagógico, desde ahora, superará el formalismo vacío de muchas fórmulas clásicas y se orientará decididamente hacia el problema humano, ideológico, de contenido, de la formación. La Sabiduría está al fin de este proceso.»

(Nicolás CASTELLANOS, «El problema educativo de la adolescencia en San Agustín», en *Revista Augustinus*, 8, 1963, p. 352)

Del mismo modo que san Agustín manifiesta su preocupación por el bien integral de la persona, no duda en

hablar de la escuela *mercado de la charlatanería* (*Confesiones* 9, 2, 2). También hoy puede suceder algo parecido si, por un afán de introducir cuñas moralizantes o argumentos apologeticos a destiempo, el discurso del profesor recorre meandros insospechados. Igualmente, hay que evitar las palabras solemnes, los tópicos que no se sabe qué encubren detrás de su sonoridad. El riesgo de perdernos en la maraña de las palabras es real.

PARA EL DIÁLOGO

- **¿Organizamos la vida del Centro y la programación de sus actividades desde la convicción que el verdadero protagonista de la educación es el alumno?**
- **¿Es posible la pretensión de una educación integral sin el concurso de la familia, la calle, los medios de comunicación...?**
- **En los textos de nuestro Proyecto educativo, selección de objetivos, programaciones..., ¿hay expresiones y palabras grandilocuentes, abiertas en exceso, que todos repetimos con una cierta complacencia, pero nadie es capaz de concretar? ¿Cuáles?**

Educar para la verdad, la autenticidad y la honestidad

Se puede presentar a san Agustín como un buscador apasionado de la verdad, si

entendemos por verdad algo diferente a los secretos que esconden las distintas áreas o disciplinas de conocimiento. La verdad deseada y buscada por Agustín va más allá de los procesos de instrucción y de socialización. Es la verdad vital que responde a las preguntas de sentido y ayuda a llevar a cabo la condición personal del ser humano. La búsqueda de la verdad se convierte, así, en una aventura del espíritu, y no sólo en ejercicio intelectual.

Amar la verdad, buscar la verdad, vivir en la verdad son imperativos éticos que se traducen en fidelidad a la propia conciencia (autenticidad) y en la actuación desde el uso de la noble libertad humana (honestidad). Quien es fiel a la verdad lo es, simultáneamente, a sí mismo, a los demás y a Dios. «Si yo les formulo a todos esta pregunta. ¿Qué preferís, gozar de la verdad o de la mentira?, me contestarán que prefieren gozar de la verdad. Claro, y es porque la felicidad es el gozo de la verdad, es decir, el gozo de ti, que eres la Verdad, oh Dios, mi luz y la salvación de mi rostro, Dios mío. Esta felicidad todos la desean, todos desean esta vida que es la única feliz, todos desean este gozo de la Verdad» (*Confesiones* 10, 23, 33).

La felicidad es el gozo de la verdad (cf. *Confesiones* 10, 23, 33) y, sin embargo, la verdad provoca, a veces, el odio. «¿Por qué el hombre que proclama la verdad en tu nombre viene a ser para ellos un enemigo, amando como aman la felicidad, que no es más que el gozo de la verdad? No hay más respuesta que ésta: el amor de la

verdad es tan grande, que todos aquellos que aman otra cosa quisieran que eso que aman fuera la verdad. Y como no les gusta que les engañen, tampoco les gusta convencerse de que se engañan. Por eso odian la verdad, a causa de aquello que aman en lugar de la verdad» (*Confesiones* 10, 23, 34).

La tentación de instrumentalizar la verdad está siempre cerca de nosotros. Es fácil estar a favor de la verdad cuando sirve de escudo de defensa, pero cuando la verdad acusa y reprende, se aborrece. «La aman cuando brilla, la aborrecen cuando reprende. No quieren que nadie les engañe, pero quieren engañar. Por eso la aman cuando se descubre y la odian cuando les descubre a ellos» (*Confesiones* 10, 23, 34).

Entre los adultos, además de la insinceridad, son actitudes enemigas de la verdad el exhibicionismo erudito o la apariencia por manifestarse a favor de una verdad en la que no se cree hasta las últimas consecuencias. En educación, sólo la honesta coherencia de pensamiento y de vida puede suministrar firmeza y claridad.

Educar para vivir sabiamente

Otra pasión de san Agustín fue la sabiduría. Es un tema recurrente en los diálogos con sus amigos y discípulos. Sabio no es quien acumula conocimientos, sino quien vive juiciosamente. La verdadera sabiduría

coincide con el arte de vivir bien. «La acción que nos lleva a usar rectamente de las cosas temporales difiere de la contemplación de las realidades eternas: ésta se atribuye a la sabiduría, aquélla a la ciencia» (*La Trinidad* 12, 14, 22). Para san Agustín «será sabio el que busca bien la verdad, aun sin lograrla» (*Contra los Académicos* 1, 5, 14). En su obra *La vida feliz* se pregunta: «¿Qué es carecer de sabiduría sino vivir estúpidamente?» (4, 28, 34).

Las personas sabias dudan, escuchan, conocen los límites de sus verdades y no ignoran sus carencias. Tener un conocimiento sapiencial de la vida es acertar con el verdadero valor de las cosas, saber manejar situaciones difíciles, interpretar lúcidamente las pulsaciones del mundo.

Educar para la libertad y el amor

En una actitud de respeto hacia la autodeterminación de cada persona, escribe san Agustín: «Dios no ha querido que el hombre domine al hombre, sino el hombre a las bestias» (*La Ciudad de Dios* 19, 15).

Existe un ideal de libertad que se ha convertido en bandera de todas las personas y todos los grupos. Hasta los niños reclaman y gritan libertad. En el fondo de esta legítima aspiración puede subyacer el error que significaría defender el carácter innato de la

libertad. Nacemos con vocación de ser libres, pero no partimos de la libertad, sino que caminamos hacia ella. Ser libre es una conquista que no está exenta de ciertas coacciones iniciales. Nadie puede pensar que la completa ignorancia o el abandono a las inclinaciones puramente instintivas sea garantía de libertad.

Es indudable que un objetivo explícito de la educación debe ser conseguir personas libres. No es posible, sin embargo, entender adecuadamente la libertad sin una finalidad. Ser libres, ¿para qué? A esta pregunta responde san Agustín: «La verdadera libertad está en la alegría del bien obrar» (*Comentarios a los Salmos* 30, 9). Y en otro lugar: «Abrazad la verdad para poseer la libertad» (*Comentarios al Evangelio de San Juan* 42, 13). En la vinculación a la bondad y a la verdad está la libertad, a la vez que la libertad da categoría de valor a lo que hacemos, porque «nadie hace bien lo que hace a la fuerza, aunque sea bueno lo que hace» (*Confesiones* 1, 12, 19).

Si la libertad es importante, no menos el amor. Mucho más en el contexto de una pedagogía agustiniana. Tanto el ser libre como el amar son formas de estar religados. El «ama y haz lo que quieras» de san Agustín (*Sermón* 163B, 3; *Tratado sobre la primera Carta de San Juan* 7, 8), no es un canto a la libertad desbocada. El que ama piensa en el otro, desea lo mejor para los demás, está dispuesto al sacrificio y al olvido de sí mismo. Con todo esto por delante, y mucho más que supone el amor, *haz lo que quieras*. Las decisiones y las obras hijas del amor no pueden ser

sino buenas: «Si dentro está la raíz del amor, no puede brotar mal alguno» (*Tratado sobre la primera Carta de San Juan* 7, 8). El amor es la actitud más exigente y responsable que se puede tomar ante las personas. A mayor amor, más libertad. «Quien ama no conoce la esclavitud» (*Sermón* 33, 1). Esclavo es el que no hace lo que ama, el que no se obedece a sí mismo.

III. LA EDUCACIÓN ANTE LA PROCESUALIDAD Y LA DIVERSIDAD

Todas las cosas tienen su calendario y su ritmo. Lo mismo que el desarrollo biológico, los ciclos de la naturaleza o las tareas agrícolas, también la educación. «Los buenos maestros conducen a la buena disciplina de manera gradual», apunta san Agustín (*El orden* 1, 13, 23). Por eso una concepción estática de la educación es difícilmente admisible. Hay que pensar en una concepción dinámico-evolutiva que contempla la educación como un proceso que no tiene límite. Al hablar hoy de *formación permanente*, se quiere subrayar este aspecto, que abarca la vida entera y tiene una innegable carga de utopía. Nunca estamos formados del todo. La vida es, entonces, un largo viaje, un ejercicio de crecimiento hacia una plenitud inacabada

El proceso del desarrollo humano no se puede entender como una línea recta y uniformemente ascendente. Se intercalan avances y retrocesos,

paradas y crisis. En esta clave, la vida de san Agustín es representativa de una historia humana viva, azarosa, con momentos de luz y otros en los que se siente atormentado por la punzada dolorosa de la duda. Se ve triunfador y miserable, peregrino que hace un camino de éxitos y decepciones. Sus *Confesiones* son una mirada hacia el ayer de su vida, y en otra obra suya, escrita dos años antes de su muerte, *Las Revisiones* (o *Retracciones*), reconoce que su modo de pensar ha cambiado a través de los años.

La evolución que hoy ya nadie pone en duda de la especie humana, se repite en cada individuo. Una etapa da el relevo a la siguiente, hasta llegar a «la paz del reposo, la paz del sábado, la paz sin ocaso» (*Confesiones* 13, 35, 50), que Teilhard de Chardin llama el punto Omega de la historia.

Aunque compañeros de viaje, embarcados en la misma nave, cada persona es singular, y por eso la pedagogía moderna insiste en la *educación personalizada*. Todos iguales y todos diferentes. Además de la acuñación singular de la infancia, cada alumno es portador de su propia herencia genética, sus propios condicionamientos familiares y ambientales, su propia historia. El principio que establece san Agustín tiene plena validez: «No hay que aplicar a todos la misma medicina, aunque a todos se debe el mismo amor» (*La Catequesis a principiantes* 15, 23). La permisividad ignora la educación personalizada porque olvida la atención exigida en cada momento y

circunstancias por los individuos. Es como un tratamiento médico que ignorase el diagnóstico de cada enfermo. La advertencia de san Agustín derrocha sabiduría y sentido práctico: «Los inquietos necesitan corrección, los pusilánimes ser acogidos, los contradictorios ser convencidos, los enemigos ser reconciliados. El ignorante necesita ser enseñado, el perezoso ser estimulado, el obstinado ser contenido, el soberbio ser puesto en su lugar, el desesperado ser alentado... el bueno aprobación, el malo condescendencia, y todos necesitan ser amados» (*Sermón* 340, 1).

Uno de los retos de la educación actual es la atención a la singularidad y la huida de toda masificación. Desafío que reviste características muy especiales por el hecho incontestable de la pluralidad de culturas y la diversidad.

IV. UNA METODOLOGÍA HUMANÍSTICA O LA PEDAGOGÍA DEL AMOR

Fernando Savater, en su libro *El valor de educar*, titula un capítulo «¿Hacia una humanidad sin humanidades?» (cf. *El valor de educar*, Ed. Ariel S.A., Barcelona 1999, 11.ª ed., pp. 113-143). Sostiene Savater que es más seguro quedarse en la zona templada de la instrucción y de los saberes técnicos que la dedicación a las humanidades. Se pregunta: «¿No hay motivos para

preocuparse de la decadencia de las humanidades y, sobre todo, del oscurecimiento del ideal de educación humanista, entendida como una formación integral de la persona, y no sólo como su preparación restringida por urgencias laborales?» (op. cit., p. 129).

No hay metodología que pueda superar la cercanía, el estímulo, la comprensión. Dicho de otro modo, la educación más efectiva es la educación afectiva. San Agustín vivió una experiencia inolvidable que relata en sus *Confesiones*: «Había todo un montón de detalles por parte de mis amigos que me hacía más cautivadora su compañía: charlar y reír juntos, prestarnos atención unos a otros, leer en común libros de estilo ameno, bromear unos con otros dentro de los márgenes de la estima y respeto mutuos, discutir a veces, pero sin acritud, como cuando uno discute consigo mismo. Incluso esta misma diferencia de pareceres que, por lo demás era un fenómeno muy aislado, era la salsa con que aderezábamos muchos acuerdos» (*Confesiones* 4, 8, 13).

A san Agustín le agrada el título de «condiscípulo» (cf. *Sermón* 242, 11; *Sermón* 291, 1). Nadie puede educar si no muestra curiosidad por los intereses de los alumnos, si no parte de su vida. En educación, como en el mundo comercial actual, manda el cliente. «Si ha venido con corazón fingido, buscando provechos o huyendo de inconvenientes, responderá con falsedades, pero aun en este caso, de lo mismo que finge, hay que

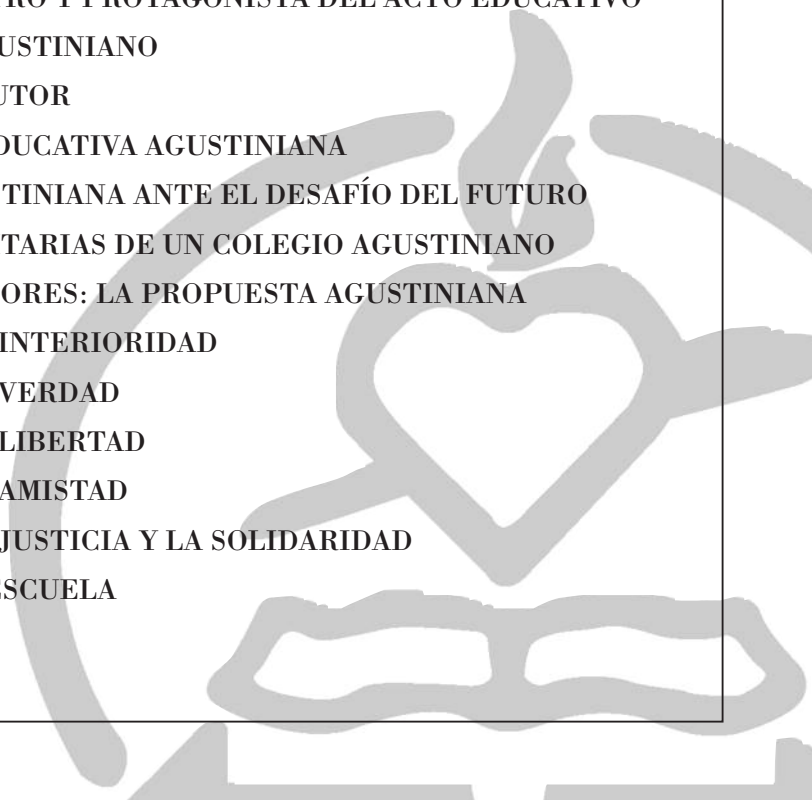
aprovecharse para comenzar» (*La Catequesis a principiantes* 5, 9).

La clave de toda educación es el amor, y Agustín retorna siempre a esta prioridad ineludible. «El maestro evitará el hastío de la rutina y la repetición cuando vive unido a sus oyentes con amor de hermano, de padre y aun de madre. Tan fuerte es la solidaridad y comunión de espíritu que, cuando los alumnos se sienten afectados por nuestras palabras y nosotros por el gozo de que están aprendiendo, en algún modo moramos los unos en los otros. Es como si los que escuchan hablaran por nosotros, y nosotros aprendiéramos de ellos lo que estamos enseñando» (12, 17). El amor entraña la alegría de educar: «Los alumnos nos escucharán *la catequesis de los principiantes* con mayor agrado y aprovechamiento si nosotros mismos disfrutamos de nuestra labor, pues el hilo de nuestro discurso vibra con nuestra propia alegría y fluye con mayor facilidad y persuasión. Lo decisivo, pues, es que el educador encuentre el secreto de educar con alegría: cuanto más alegre sea, tanto más contagiosa será su enseñanza» (*La Catequesis a principiantes* 2, 3).

Si la educación es obra de amor, nunca se puede olvidar que el amor es gratuidad. «Muchos enseñan la verdad sin convicción ni honestidad, por la simple recompensa de los beneficios de este mundo» (*La Catequesis a principiantes* 11, 16).

TESTIGOS EN LA ESCUELA

PROGRAMA DE FORMACIÓN PARA EDUCADORES AGUSTINIANOS

1. SAN AGUSTÍN CONTEMPORÁNEO
 2. SAN AGUSTÍN, PENSADOR Y SANTO
 3. LOS NUEVOS HORIZONTES DE LA EDUCACIÓN
 4. EDUCACIÓN Y EVANGELIZACIÓN
 5. PENSANDO EN LA EDUCACIÓN AGUSTINIANA
 6. PERFIL DE UNA PEDAGOGÍA AGUSTINIANA
 7. HACIA UNA METODOLOGÍA AGUSTINIANA
 8. EL IDEARIO O CARÁCTER PROPIO DE UN COLEGIO AGUSTINIANO
 9. PSICOLOGÍA DE LAS RELACIONES PERSONALES
 10. EL ALUMNO, CENTRO Y PROTAGONISTA DEL ACTO EDUCATIVO
 11. EL EDUCADOR AGUSTINIANO
 12. LA FIGURA DEL TUTOR
 13. LA COMUNIDAD EDUCATIVA AGUSTINIANA
 14. LA ESCUELA AGUSTINIANA ANTE EL DESAFÍO DEL FUTURO
 15. OPCIONES PRIORITARIAS DE UN COLEGIO AGUSTINIANO
 16. EDUCACIÓN Y VALORES: LA PROPUESTA AGUSTINIANA
 17. EDUCAR PARA LA INTERIORIDAD
 18. EDUCAR PARA LA VERDAD
 19. EDUCAR PARA LA LIBERTAD
 20. EDUCAR PARA LA AMISTAD
 21. EDUCAR PARA LA JUSTICIA Y LA SOLIDARIDAD
 22. TESTIGOS EN LA ESCUELA
- 

Cuadernos 